

LO GRANDE Y LO PEQUEÑO

Te falta valor para enfrentarme. Un cruce de vereda nos sorprende distraídos y nos asustamos al vernos, o mejor dicho vos te asustás y yo me contraigo. Sueños rotos, los míos, esos que con tu encanto alimentaste. Los creaste intencional y dolorosamente desde el principio pero nunca lo reconociste. Dolor y deseo, deseo e hipocresía, deseo y más deseo, y más y más hipocresía. Esa manera tan extraordinariamente tuya de fingir.

Ni el diagnóstico de tu enfermedad logra justificarte. No me importa la teoría que el psiquiatra desarrolla, no quiero que fundamente, no escucho, me aturden sus palabras y tus silencios fingidos; no creo ni siquiera en ellos.

Es tal tu nivel de perversión, tan cuidada en sus detalles que ni siquiera el médico la percibe. Me da lástima... Yo no me doy lástima, pude verlo. Fue un centelleo de anuncios que me llegaron una noche. Esa en la que más te necesitaba. Intentos reiterados de comprensiones que justificaban un acuerdo que nunca deberíamos haber siquiera enunciado. Hasta que todo encajó, y fue perfecto como el magistral emboque de balero que hice abochornando a mi hermano frente a sus amigos. Lo tomé y en el primer intento, ¡hecho!, como si no existiera otra posibilidad. Recuerdo particularmente esa primavera en la que tomé conciencia de mi libertad y en la que todo comenzó a resultarme fácil y natural.

Y ese todo continúa siendo igual de liviano que entonces. Mi familiaridad con las anormalidades justificadas, me convirtieron en una experta en Patafísica.

Aceptar que la regla es la excepción de la excepción fue mi herramienta para entender tus sinuosos sentimientos y mi arma para defenderme de ellos y mi coraza para protegerme.

El fuego trepidante comenzó a perder color con las primeras luces de la alborada. Ya no se distinguían las luciérnagas pero sabía con certeza que aún me acompañaban. La bocina del taxi me sacó del lugar al que irremediamente volvía cada noche y cada mañana; tu recuerdo.